



Sagrados Corazones
PROVINCIA DE ESPAÑA

MAMÈRE

recuerdos de la madre de Damián

Recopilación, redacción y traducción de textos: Joaquín Salinas, ssc

MAMÈRE

Recuerdos de la madre del P. Damián

María Justina De Veuster

María Justina Deveuster, después de la muerte de su madre, fue recogida por la familia Deveuster-Wauters, familia del Padre Damián. María Justina encontró allí un hogar acogedor y una “madre”, su abuela Catalina. Fue un privilegio para ella poder compartir la vida de su abuela durante los últimos años de ésta.. María Justina puso por escrito sus recuerdos de esta época. Con gran satisfacción ofrecemos esta ocasión de entrar en el conocimiento de esta extraordinaria Catalina Wauters, la madre del Padre Damián. Llegara conocer esta atmósfera familiar no nos revela algún hecho particular sobre el mismo Damián, pero nos introduce en lo que podríamos llamar la fuente de la fe profunda y heroica de Damián.

María Justina Deveuster, hija de Gerardo Deveuster, hermano del Padre Damián, y de Dorotea Vermeyle, nació en Ninde el 24 de Marzo de 1864 y murió en Everberg el 15 de enero 1952. De su matrimonio con Félix Roost, tuvieron 7 hijos.

.....

TEXTO DE MARÍA JUSTINA

Mamère nació en Haecht, Hansbrug, en 1803. Su padre Abraham Wauters era un labrador acomodado. Mamère era conocida con el nombre de “la Cato de Abraham”. Su casa paterna fue incendiada durante la última guerra (7ª guerra de Coalición, 1815). En esa época el Hansbrug (“brug” = puente) no existía todavía: se atravesaba con una barcaza. Mamère era la mayor de 10 hermanos. El benjamín, el tío Juan de Haecht, era 22 años más joven que Mamère. Durante su juventud, iba cada día al mercado de Lierre en una carreta con toldo para vender allí el queso. En aquella época era la especialidad de la región de Haecht y Mamère era una famosa especialista. Mi abuela, Mamère como la llamábamos, había estado interna en la escuela libre de Rebecq, pensionado mixto donde habían estudiado mi abuelo mi padre, y mis hermanos Leoncio y Frans.

Este pensionado era entonces renombrado en la región. Había una gran granja contigua y durante la siega del heno y la cosecha del verano, los alumnos debía trabajar sin descanso: los chicos en el campo y las chicas en la

cocina y en las habitaciones. Cando estalló la guerra, los chicos tuvieron que volver a casa para dejar sitio a os combatientes en la batalla de Waterloo (18 Junio 1815). Mamère ya no volvió más a Rebec, ero estuvo de pensionista de una prima beguina en Malinas, siguiendo los cursos en el beguinage, donde aprendió muy bien a coser y a hacer un buen trabajo manual.

Después de la muerte de Abraham Wauters, su viuda, acompañada de su hijo menor (Juan) fueron a habitar en una pequeña casa, casi enfrente del convento de Ursulinas de Haecht, allí donde su abuela había fallecido. El tío Juan y su esposa Trezemoike, la cuidaron allí muy bien. Mamère, por su lado, les quería también mucho.

Cuando mi abuela (Mamère) se casó, vino a habitar en la casa de sus suegros en Ninde, entonces una pedanía de Wechter, situada a 20 minutos de Hansburg. La parte inferior de la fachada de la casa natal del Padre Damián data aún de esa época. Hasta la pequeña mesa que servía de mesa de cocina, aún existe. Es tan pequeña y tan baja que difícilmente puede uno imaginarse que servía de mesa de cocina y de mesa para comer. Pero cuando uno recuerda la sencillez con que era servidas las comidas, se comprende que una pequeña mesa bastara: una sopera grande en medio de la mesa y todos a su alrededor.

Mi abuela se hizo amar de sus suegros a los que atendía con mucha entrega. La suegra de mi abuela era una Uytterhoeven y daba clases de costura. Mamère guardaba todavía una pieza de tela con dobladillo. "Es del tiempo de nuestra Meken (= Mamy)", decía; sin embargo cuando hablaba de ella siempre decía Mamère. Por eso es por lo que nosotros la llamábamos nuestra abuela Mamère y no Peet. Fue Meken quien enseñó a Mamère a decir la oración de "Benedícite", antes de la comida, en latín y de pie, costumbre que Mamère ha guardado mientras vivió y pudo hacerlo. Nosotros, los más jóvenes, no podíamos habituarnos a ese latín y más tarde ya rezamos en flamenco.

¿Queréis ver a Mamère de novia? Una amable campesina, frescamente rosada, con un vestido de algodón magníficamente floreado, una esclavina de satén negro bordada en franjas, un delantal de satén negro, una cofia campesina de encaje blanco, como aún se ve en Camping y en Holanda, faldas blancas y zapatos de tela negra. "Yo pensaba que nade era más bella que yo", decía riendo cuando contaba su viaje de novios, a pie hasta Tildonk y de allí en barca remolcada hasta Lovaina.

La familia Deveuster comerciaba con sanguijuelas. Este negocio debió de haber sido bastante importante, porque mi abuelo Deveuster fue dos veces a Viena para comprarlas. Trabajaba en colaboración con su hermano, más tarde alcalde de Tremelo. Para ello había hecho construir una carreta con pequeños compartimentos y el viaje duraba cada vez todo un año. Entretanto la rutina cotidiana continuaba con la presencia de su padre (Enrique Deveuster), y Meken, y Mamère. Para el viaje empleaban caballos de posta, es decir, caballos frescos en cada relevo.

Su hija mayor fue la tía Eugenia. Con el fin de darla una formación de señorita para el comercio, sus padres la chocaron en el pensionado de Tildonk. Al cabo de seis meses, pidió a sus padres quedarse en el convento y llegar a ser religiosa. Mamère habló con Meken (la abuela) y ésta se mostró muy contenta de tener una hija que quisiera entrar en el convento. Así fue cómo Eugenia se convirtió en Madre Alexis de las ursulinas de Tildonk

En aquel tiempo había un viejo párroco en Tremelo. Un día vino de visita y dijo a la familia: "Decid a la Reverenda Madre de Tildonk, que yo, el párroco, lo oís bien, yo quiero ver a esa religiosa". Y allí se fue Mamère camino del convento con la petición, que fue aceptada. La Madre Alexis pudo, pues, volver a casa y a la del Señor Párroco. Con esta ocasión, Mamère había arreglado y hasta restaurado un poco la casa, para que estuviera al día, para ponerla al día, y al mismo tiempo había abierto un buen agujero en su bolsa. "Mi marido se enfadó, hasta creí que iba a encontrarme unos golpes, decía Mamère, pero no fue así. Me fui a trabajar un poco en la huerta. Y vuestro abuelo era realmente un hombre cabal. Su cólera se pasó muy pronto. Hasta llegó a expresar su satisfacción por todo cuanto había hecho".

Madre Alexis fue enviada para una nueva fundación en Holanda. Su hermana Paulina fue entonces enviada como pensionista y allí se convirtió en religiosa, con el nombre de Madre Alfonsa. En 1854, llegó la noticia de que Madre Alexis estaba gravemente enferma. Peter (su padre) se puso inmediatamente en camino. En aquella época era un gran viaje. Cado llegó a Uden, oyó en un albergue que en el convento, una joven religiosa que conocía cinco lenguas, había muerto. Con eso ya supo bastante. No fue al convento y, lleno de tristeza, rehizo el camino.

Madre Alexis era una santa religiosa. Durante os días que pasó en la casa paterna, por la noche, desees de la cena, decía cosas hermosas sobre el valor de nuestras almas y sobre todo lo relativo a nuestra salvación. Tos escuchaban con gran atención, la familia, los domésticos, los criados, los obreros. Con ocasión de un desplazamiento de tierras en un cementerio se había descubierto un cráneo. Con la autorización de sus superioras, Madre Alexis conservó el cráneo en su habitación. Las últimas palabras de Madre Alexis fueron: "Adiós, mis hermanas... adiós... adiós. Mi pequeña Paulina, sé prudente".

Mi abuela, o nuestra Mamère, tenía un carácter muy severo- Un día alguien vino a decirle: "Cato, vuestra Eugenia se pasea allá abajo por el camino de la iglesia en malas compañías". Mamère cogió un largo bastón y partió inmediatamente en búsqueda de su hija. Más tarde, estando en el convento, escribió a su madre para agradecerle el haberla alejado a tiempo de la tentación.

Tía Paulina, o Madre Alfonsa, murió joven. A consecuencia de un reuma cogió una congestión pulmonar y de durmió en el Señor el 4 de Julio 1873. M Peter (padre del P. Damián) murió un año más tarde. Cuando Peter y Mamère se enteraron del fallecimiento de madre Alfonsa, no lloraron, pero estuvieron

tristes y silenciosos y yo veía que Mamère rezaba. Ofrecía su sacrificio y lloró en silencio. Madre Alfonsa sabía dibujar muy bien y hacía bellos trabajos manuales. Cuando nos escribía, añadía casi siempre una u otra cosa dibujada o pintada por ella: una careta holandesa, un zueco holandés, cualquier cosa muy simple. Para la primera Misa del tío Augusto (Padre Pánfilo) hizo dos ramos de flores que Mamère puso bajo cristal en un jarro de porcelana y lo colocó sobre la chimenea para adornar la estatua de la Virgen. Hizo también una pintura sobre vidrio (la vista de Koblenz) y también una sobre ella misma y de cada miembro de la familia. Una obra que costó mucha paciencia y habilidad. Qué pena que la humedad destruyera esta obra única de arte, las inundaciones hacían que la casa de Piter fuera muy húmeda.

En el jardín del convento de Uden, se encontraba una estatua de unos 25 cms. de alta y ante la que la Madre Alfonsa iba a rezar cada día. Un día vio que la cabeza de la Virgen estaba caída, corrió inmediatamente a buscar cola y cuando volvió, la cabeza se encontraba de nuevo sólidamente en su lugar. No se notaba allí mas que una fina grieta. Y nadie del convento se había acercado, nadie sabía algo sobre ello. La Reverenda Madre de Tildonk dio esta estatua a Mamère en recuerdo de Madre Alfonsa. Cuando mi hermano tenía dos o tres años, entró un día corriendo en la habitación. Tenía un gran bastón en la mano y rompió la estatua en pedazos. "Ahora veo que me he vuelto vieja, dijo Mamère. En otros tiempos esto jamás hubiera sucedido"

En el nº 3 de "Damián-Info", hemos publicado la primera parte de los "Recuerdos" escritos en un cuaderno por Maria Justina Van Rost-De-Veuster [el primer apellido de su esposo]. Después de la publicación de la primera parte, hemos entrado en posesión de una segunda versión del manuscrito citado. Esta versión lleva por título "Recuerdos de la vida de Mamère, madre del Padre Damián. 1803-1886". Ciertas diferencias hacen pensar que esta segunda versión es "la original". Como nuestro trabajo no tiene un pretensión científica, seguimos la publicación de la primera versión, pero con la añadidura de un pasaje que nos parece importante. Se trata de las circunstancias que llevaron al joven Deveuster a salir de casa para aprender francés.

Paul Macken, ss.cc.

Mi tía Stans (Constancia) quiso también entrar en el convento. Pero entonces Mamère se opuso, porque tenía demasiado trabajo y el tío Augusto estaba en esos momentos en el seminario para ser sacerdote. A causa de mi tía Stans, Mamère ha llorado a menudo y ha sentido no haberla dejado ir al convento. Más tarde se casó y dejó a su muerte cinco hijos de los que cuatro murieron muy jóvenes. El mayor fue educado por la familia de su marido.

El tío Augusto llegó a sacerdote y estudió teología, pero por humildad no quiso jamás el título de doctor. Quería ser religioso. Padrino y Mamère fueron

un día a informarse. El P: Superior apareció con una vieja sotana que verdeaba. Durante el viaje de vuelta. Mamère dijo: Pero, en fin, Augusto, ¿cómo quieres ir ahora a un convento tan pobre? Tu eres muy sabio y puedes ganar holgadamente 1000 francos al año".
¿Tienes tu necesidad de dinero, mamá?
¡Oh!, no, Dios sea alabado, ganamos nuestro pan!
Y bien, Padre, Madre. Si no tenéis necesidad de él, tampoco yo tengo necesidad de dinero, por tanto ingresaré en el convento..."

Así es como el tío Augusto llegó a ser el P. Pánfilo de los Sagrados Corazones de Monte San Antonio (St. Antoniusberg) en Lovaina. Entre tanto los mayores de los chicos, se convirtieron en fabricantes de ladrillos y con la arcilla de sus propios terrenos hicieron varios hornos para la reventa, transformaron y embellecieron su granja y Pedro (el abuelo) comenzó el comercio de granos y semillas.

Mamère dirigía la granja, en la que le ayudaba su hijo más joven, Jef Deveuster, el futuro Padre Damián. "Nuestro Jef, lo echo de menos siempre", decía Mamère Era un buen granjero, duro en el trabajo. Siend niño, era un pequeño salvaje, un bromista, alguien que no tenía miedo de nadie y sabía lo que quería. Antes como después de la escuela, no se le podía sacar del taller de carpintería de Janneke Roef, el carpintero que trabajaba para Pedro, aunque le dijese: "Jef, márchate, estropeas todas mis herramientas".
.... (Suceso añadido de la otra versión que apareció más tarde).

Después de haber acabado los estudios primarios, Jef era, según la circunstancia, vaquero, carretero, obrero en el campo o en la huerta. Un domingo por la tarde, después de comer, alguien dijo: "Podíamos hablar en francés". Todos estuvieron de acuerdo, pero el tío Jefe se levantó y, sin decir un palabra, subió al piso de arriba. Mamère vio la reacción y dijo al padrino: "Marido mío, debes de procurar algo para que Jef pueda también aprender el francés; no es conveniente que nuestro hijo más pequeño no tenga tiempo para aprenderlo". Y la misma semana, el Padrino fue a Braine-le-Comte; algunos días más tarde, Jef fue allí como alumno interno.

Cada vez que nevaba, le escuchaba a Mamère contar como si fuera ayer: "Un día que había nevado mucho, los chicos habían empujado y reunido toda la nieve de la huerta y de la calle, con la que levantaron una capilla con una torre, tan grande que cabían todos en ella. Se mantuvo en pie varios días, porque había helado mucho a continuación". Es más que probable que fuera Jef el constructor de la capilla, porque desde su más tierna infancia era muy piadoso, y por otra parte las nuevas construcciones ya estaban concluidas y por tato los mayores debían estar trabajando en la granja.

Cuando Mamère hablaba del tiempo en que los niños iban a la escuela, cómo cosía y zurcía, cómo cuidaba de que tuvieran los delantales decentes y bien

lavados, y los zuecos restregados con un puñado de paja y puestos a secar para ir a la escuela al día siguiente.

Sus hijos no dejaron de hacer jugarretas "como para colgarlos", o hacían novillos en el Laak. Solo años más tarde Mamère se enteró de cómo fueron de tramposos, guasones y traviesos. Porque no había peligro de que se acusaran entre ellos y sus primos, pues juntos formaban toda una pandilla para ir a la escuela.

Peter y Mamère hacían muy buena pareja y eran también muy caritativos. Un día, durante el fuerte rudo invierno, Peter dijo a Mamère: "Cato, escucha, no puedes despedir a ningún pobre, porque hay mucha miseria". Y él ponía cinco francos en monedas sobre el apoyo de la ventana. Llegaban tantos pobres, que a la noche no quedaba casi nada. Esto sucedía cada lunes, el día de los pobres, a todo lo largo de aquel invierno, antes de que él partiera para el mercado.

Cuando Mamère constataba que habría demasiado pan en el momento de cocerlo, daba bocadillos en lugar de dinero, y decía: "Hoy he tenido beneficios, mira lo que me queda de dinero..." Mamère tenía su estilo de dar. No daba de modo arrogante. Conocía a todos sus clientes y charlaba con ellos. Cuando Peter la oía hablar de esto, decía con guasa: "Si cualquier día pareces por Pijpelhaide o por Geestvondel, todo el mundo va a llamarte para convidarte a un café".

Un día supo que Regina de Tiskevic estaba en la miseria. Sufría de asma. Entre las gallinas había una que estaba tan gorda que apenas podía poner huevos. Mamère cogió la gallina, la metió en una cesta, la cubrió con un pañuelo y me mando llevarla a Tiskevic, pasando por el camino de la iglesia donde no había casas. Aquella gentes se vieron felices y yo debía dar gracias a la granjera por lo que habían recibido.

No fue esta la primera ni la última vez que tuve que realizar tales comisiones. Se hacía el domingo, durante la misa mayor, cuando no había ni una persona por la calle. Peter y Mamère se habían puesto de acuerdo para ir cada uno por turno a la bendición con el Santísimo por la tarde. Peter iba de ordinario a la Misa mayor y bebía entonces unas pocas gotas (sin exagerar) y volvía a mediodía. Después de comer, tenía la costumbre de sestar detrás de la estufa.

Susque, es la hora de la bendición con el Santísimo

Sí, Cato

Y un poco más tarde:

Susque, tengo la impresión de que esto no marcha. ¿Quieres que vaya yo en tu lugar a la bendición?.

¡Sí, sí!, Cato.

Y un poco más tarde, yo iba a la bendición con Mamère.

A la vuelta nos íbamos perdiendo por los caminos de los campos y Mamère rezaba el rosario y yo respondía. Cuando pasábamos cerca de las casas

dejábamos de rezar. Cuando por azar ella veía a cualquiera coser o trabajar, Mamère decía: "Jamás hay que coser o trabajar en domingo, o te quedarás pobre. El domingo pertenece a Dios". Después del café, el domingo Mamère leía el periódico "De Ware Volksriend" (El verdadero amigo del pueblo). Peter leía "Markbericht" (Noticias del Mercado) y "Moniteur des Notaires".

Debo hablar todavía de un viejo libro, una herencia de la familia. Este libro era de un gran formato, de diez a doce centímetros de espesor, con una gruesa pasta de madera de roble y encuadernado con cuerdas. Contenía la descripción de la vida de novecientos santos y llevaba por título "Leyendas de los Santos". Este libro estaba impreso en caracteres muy antiguos. La "F" y la "S" eran la misma letra, y la última palabra de cada página estaba escrita siempre dos veces. El papel era amarillento y áspero. Al comienzo de cada mes, tenía en una página el nombre de los santos de cada día, con sus insignias. Así, se veía a Santa Catalina con una gran rueda, a Santa Barba con una torre de tres ventanas, a San Alejo con una escalera, etc. Con este libro Mamère leía a los niños, pero también hacía leer y daba entonces explicaciones para que se comprendiera lo que se había leído.

Desgraciadamente este antiguo libro desapareció sin dejar rastro, quizás cuando la desinfección en las exequias a la muerte de papá, por gentes ignorantes de su valor, y la pérdida fue muy sentida por toda la familia. El 17 de septiembre de 1874, mi mamá murió, y Mamère se convirtió aún más en nuestra madre. Tenía para todos un tierno amor. Mi hermana mayor tenía 13 años, yo casi 10, Paulina 8. Mamère tenía entonces 72 años. Tengo que reconocer que Mamère me quería más que a las otras. Según ella, yo tenía los rasgos de su Jefe y quizás le recordaba también a su hija menor, la pequeña María, muerta a los cuatro años.

Por entonces llegó el tiempo de mi primera Comunión. Fuimos juntas a Aarschot por mi vestido de primera Comunión. Teníamos la intención de tomar el tren en Rotselaar. Pero el tren pasó por fuera de la estación. Tomamos con coraje el camino a pie, rezando como peregrinos. A la vuelta pasamos por Betekom para visitar la tumba de la tía Stans (Constanza). Mamère era la esposa ideal. Tenía para con su marido una entrega, una abnegación sin límites. Él comía en una pequeña mesa, con un mantel más bonito que el de la mesa grande, donde comíamos Mamère, mi padre, los niños y el servicio. Peter tenía el más hermoso plato y los más bellos cubiertos y era servido el primero por Mamère. Tenía los mayores cuidados con su ropa interior y de vestir, y poseía el don de clamarle con sus palabras joviales. Entonces todo era 'Susque' por aquí, 'Susque' por allá.

Me parece verle todavía saliendo de su habitación por la mañana:
Buenos días a todos... Bueno, un hombre de 70 años no es ciertamente una gran cosa...

Entonces Mamère decía por lo bajo:

Vaya, Peter se ha mirado de nuevo al espejo...

Este era para mí el momento más agradable, más afectuoso, cuando por la noche, antes de ir a dormir, yo debía juntar las manos y presentarme a él para recibir “una pequeña cruz”. Mamère rogaba por que sobreviviera a su esposo, para estar segura de que él estaría bien cuidado. Y ella le sobrevivió 12 años. Con ocasión de las pequeñas fiestas de familia, cuando se asaban los pasteles (‘con ques’ (= una especialidad flamenca), cuando se habían recolectado las patatas, Mamère era también capaz de bailar o cantar: “Napoleón el Grande” o “Malborouck” o “El cerdo”.

El cerdo es el rey, él es rey, él es rey.
Un jamón es para el señor Párroco,
Y para Mamère y el tío Juan,
embutido juerga y una oreja”.

Ser alegre por naturaleza no le impedía ser muy piadosa. Mamère no tenía relaciones y no salía a charlar con las vecinas. Sin embargo era siempre muy mable cuando alguien llegaba. Así Mieke Vercammen, una pariente lejana que venía a veces. La llamábamos “Mieke y su vaca”, porque decía siempre ‘mi vaca’, ‘mi casa’, ‘mis campos’, en lugar de decir ‘nuestra vaca’, ‘nuestra casa’, ‘nuestros campos’.

Ella lo decía con el acento de Tremelo: “God zaai geloofd”, en lugar de “God zij geloofd”. Estas palabras eran típicas de Mamère, ante un feliz acontecimiento, una visita agradable, al final del trabajo: “God zaai geloofd”. Mamère estaba siempre de buen humos y soportaba las bromas, pero no aguantaba ni los juramentos ni las frases de doble sentido. Trabajaba continuamente. Siempre se levantaba antes, aunque no tenía despertador Su primer trabajo por la mañana era hacerse un café y bebía entonces dos o tres tazas con un azucarillo. Cuando le preguntábamos cómo era posible que se despertara a tiempo, “es muy simple, decía, rezo por la noche un Padre nuestro y un Ave María a mi ángel de la guarda y él me despierta a tiempo” A Mamère le era imposible ir todos los días a Misa, por sus numerosas ocupaciones y porque la Iglesia estaba a un a media hora. Un antiguo día de obligación, siempre era festejado, lo mismo que Santa Barba, patrona de Ninde, y jamás eran olvidadas algunas otras Misas especiales. Durante los meses de Mayo y de Junio la gran sala y para todo el mundo, se rezaba el rosario y las letanías de la Virgen y también se añadían las del Sagrado Corazón en Junio.

La casa de Mamère siempre estaba limpia, los cobres brillaban, pero no quería nada superfluo. “Todo eso da demasiado trabajo”, decía. Había sobre las chimenea un espejo relativamente grande. Un día llegó un Padre Trapista. Señalando hacia el espejo, dijo. “Granjera, eso no está bien. Un cristiano no debe mirarse mas que en el crucifijo”. No pasó una semana: el espejo fue colocado en la habitación de dormir. En su lugar se colgó un gran crucifijo, Y se colocó otro también en la gran sala sobre la chimenea.

En los vestidos Mamère era económica y sencilla. Nunca compraba lo que era más hermoso. Pero si había algún acontecimiento en el que debía estar presente, sola o con Peter, entonces Mamère se vestía de satén de manera

conveniente, con un pañuelo de seda y una cofia de seda. Los pequeños detalles y la economía eran dos virtudes de Mamère. A veces la llamaban '¡la avara!'. Pero ¿conocéis a alguien que haya escapado al veneno de las soeces murmuraciones?.

A sus 80 años, Mamère ya comenzó con una seria enfermedad. Su fuerte constitución la mantenía, pero su voluntad estaba como agrietada. Fue en aquella época cuando recibimos por el periódico "Des Huisvriend" la falsa noticia de la muerte del Padre Damián. Mamère lo aceptó con calma, como la consumación de un sacrificio, ofrecido hacía ya tanto tiempo. "Voy a seguirle pronto: esto no durará mucho conmigo". Paseaba todavía bien por el jardín, por la tarde arrodillada ante la estatua de la Virgen, rezaba. Sentada en su silla, al lado de la ventana, vuelta hacia la imagen del Padre Damián, rezaba en un libro o con un rosario.

Y esta pequeña anciana de 82 años, era para la joven de 20 años que yo era, un ejemplo viviente, un sostén para mis espaldas inexpertas sobre las que cargaba un pesado fardo. Desde niña había estado siempre con Mamère, mis otras hermanas estuvieron en casa del abuelo Vermeilen. Durante sus últimos años yo estuve sola para ayudarla y asistirle. "Me voy despacio", decía. Yo la preguntaba si debía si debía llamar a algún médico. "No, no es necesario que venga, pero el tío A gusto sí debería venir". Escribí, pues, al convento, incluso escribí muchas veces, pero el tío Augusto no venía. Me enteré más tarde que estaba de viaje por interese de la Congregación. Mamère estaba triste por todo ello.

Un día le pregunté: "Mamère, ¿quiere que escriba otra vez al tío Augusto? Ella respondió: "No, n hace falta que escribas..." No parecía que estaba más enferma que antes. Mi padre permanecía con ella mientras yo me ocupaba de la cocina y de otras cosas. A ratos, yo iba sin embargo a verla. Una tarde no se sintió bien y parecía comenzar a agonizar. Ella dijo con calma: Es a agonía de la muerte". Pero aquello pasó. Y sentada bien derecha entre los cojines, tomó una patata y un huevo pasado por agua. nadie hubiera dicho que su fin estaba tan próximo. No parecía triste ni temerosa. tenía una tranquila sonrisa en su cara y hablaba con mi padre. Era el tiempo e la cosecha y mi madre le dijo por la tarde: "Madre, quisiera ir a recoger una carreta de grano". Yo me encontraba sola con Mamère. Me daba muchos consejos. Me recordaba todo cuanto debía saber. De nuevo sobrevino un nuevo golpe de agonía. Intentó todavía mirar a la Virgen sobre la consola. La agonía duró 10 minutos. Entretanto, yo asperjaba la cama con agua bendita y tenía en la ano el cirio bendito. Mamère entregó su alma al Señor. Era el 15 de agosto 1886. Fue para mí una pérdida grande. Ella vivió sencillamente. Se olvidó de sí misma. Soportó terribles tempestades. Ofreció muchos sacrificios. Mamère era una mujer fuerte. La generación de los fuertes no muere jamás. Su descendencia tampoco: sacerdotes, hermanos, misioneros, religiosas, personas casadas, todos cuantos quizás un día leyeren estas líneas, dirán convencidos: "Nuestro padre, nuestra madre... sí son todavía una parte de Mamère".

Me habéis preguntado dónde tuvo lugar la separación del Padre Damián y de su madre. Voy a narrarlo exactamente como Mamère lo ha contado a menudo. Antes de partir definitivamente para las misiones, Jef estuvo durante algunos días en la casa para despedirse. Siempre había querido mucho a Monteagudo [Scherpenheuvel] y el penúltimo día preguntó a Mamère: "Mamá, ¿podríamos ir mañana a Monteagudo?". Fueron de noche hacia la una, con la madre de Estefanía [Marís Feyaerts, mujer de Leoncio De Veuster], a pie y rezando. Cumplidas las devociones, tomaron el camino de retorno hacia Rillaar. A unos diez minutos de la Basílica de Nuestra Señora, se llega a una calle que comunica con la calzada de Diest, en dirección a Lovaina. Llegados allí, Jef dijo: "yo quería ir directamente a Lovaina. He visto a todos en la casa y ya les he despedido, ¿te parece bien esto mamá?". "Que sea como tu quieras, Jef". Allí mismo, Jef les dio una apretón de manos, abrazó a su madre, dirigió su dedo índice hacia el cielo, se dio la vuelta y se marchó, sin volver la cabeza una sola vez.

N.B. Las palabras o notas entre paréntesis son añadidas al texto original.
21.01.97 - J.S.

+++++++